



Canarios en Indias

# PEDRO QUINTERO DE NÚÑEZ



medida que los siglos ruedan envolviendo hechos y hombres, dejando en pos de sí una estela de olvido y destrucción, como en trágico naufragio en que se confunden historia, glorias, tradiciones y nombres ilustres, nuestra imaginación parece que se complace algunas veces en abandonarse a los sucesos pretéritos, poniéndose a tono con el sentimentalismo de un Jorge Manrique, que en métrica melancólica afirma que cualquier tiempo pasado fué mejor. Quijotes a ratos con influencias de Sancho, pero nunca escuderos con savia de caballeros andantes, montamos en el Rocinante de nuestras caras búsquedas para descubrir entre las nebulosidades históricas alguna que otra figura agigantada por la tradición y ungida por el prestigio de sus hazañas para ofrecerle la cortesía de nuestros pobres elogios, sirviéndole a la par de humildes heraldos en estas páginas de REVISTA DE HISTORIA. Tal nos sucede ahora con el personaje que encabeza estas líneas, considerado por todos en el Hierro como su hijo más notable y legendario.

En un recodo del barranco de Taguacinte, que bordea por un costado la antigua aldea de Hoyo del Barrio, (isla del Hierro), en las inmediaciones de un sendero ondulante que desciende desde el roque de Cerón, que diríase destartado torreón de vetusto castillo feudal, se alzan modestas ruinas de unas paredes de rústica casona y burda mampostería, cuyo solar evocador está hoy convertido en una huerta destinada a misero cultivo (1). Tal es lo que se ha salvado del naufragio histórico y lo que la tradición ancestral señala como ruinas de la casa en que meció su cuna don Pedro Quintero de Núñez, preclarísimo herreño del

(1) Sobre esto escribimos un artículo titulado «La cuna del Virrey», que el importante rotativo habanero «El Mundo» nos hizo el honor de reproducir el 25 de noviembre de 1921.

siglo XVII, famoso militar de mar y tierra en Indias, opulento encomendero de Méjico y Filipinas, magnánimo benefactor de necesitados y conocido en muchos documentos antiguos con el sobrenombre de «Virrey de Manila».

Fueron sus legítimos padres el capitán Juan Quintero de Magdaleno, regidor, gobernador y capitán a guerra de la isla del Hierro, familiar del Santo Oficio, etc., y doña Catalina Martín Blanco. Pobre segundón de su hidalguísima familia (1), ofreciale el terruño corto espacio para su noble ambición, lanzóse, pues, en una edad en que España, como dice en bella frase un maestro elocuente, agrandaba la esfera terrestre, inventaba meridianos y estiraba paralelos, a las aventuras de una raza en que tanto canario tomó parte, atraído por aquella ruta marítima que desde su propio hogar podía contemplar, abierta por las quillas de las carabelas de Colón que modificaron el orgulloso *Non plus ultra* de Roma, y que hombres de su mismo apellido, como Alonso y Juan Quintero, habían ilustrado antes y lo harían después.

Ya colocado en el trance de sus inquietantes aventuras, el destino llevóle al archipiélago que la osadía de un marino lusitano descubriera y la intrepidez vizcaína de un Legazpi sujetara, con el hierro de su espada esforzada, al poderosísimo cetro de los Felipes. Quizá Quintero Núñez prefirió entonces la lejanía de unas islas, antes que la grandiosidad de los continentes americanos, por la semejanza que tuviera con las ausentes Canarias, que dejara atrás prendidas de sus más caros y emocionantes recuerdos.

Perteneciendo a una familia de militares, no repugnó dedicarse a la noble profesión de las armas a su llegada a la ciudad de Manila, que debió ser hacia 1632, siendo Gobernador de Filipinas Niño de Tabora, aunque no tengamos datos concretos sobre sus primeros pasos en la milicia. Sólo sabemos de cierto que en 1639, con motivo de la formidable insurrección de los sangleyes o chinos, que se sublevaron en su alcaicería o Parián, extramuros de la ciudad, y en un número que pasó de treinta mil, Quintero Núñez asistió en campaña al Gobernador y capitán general don Sebastián Hurtado de Corcuera, quien por cierto, años después, desempeñó el mismo destino en nuestra Provincia. En 1649 se le confió por el Gobernador, Fajardo el mando de la nao capitana *Nuestra Señora de Gula*, con la que se dirigió a Nueva España por la larga y peligrosa travesía del Pacífico, con el fin de demandar socorros del Virrey de Méjico. Aunque desconocemos el tiempo que allí permaneció, regresó más tarde a la colonia filipina mandando una compañía de infantería española de las destinadas al socorro de aquellas islas. Ofenderíamos la cultura de nuestros lectores si le recordáramos que en aquellos tiempos un capitán de tropa viva o veterana era un verdadero personaje, a lo que no se llegaba generalmente sino después de acrisolados servicios.

Si se destacó en las tropas de mar y tierra, no fué menos lucida su actuación como Alcalde ordinario de Manila, cargo éste de importantes atribuciones judiciales que era elegido del cuerpo de regidores, no menos distinguido (2).

La imparcialidad de que procuramos revestir este ligero estudio biográfico, nos obliga a confesar que hay en la vida de este varón algunos puntos poco esclarecidos hasta ahora. Ellos se refieren al título de Capitán general de gale-

(1) Fueron hermanos suyos el maestre de campo Baltazar Quintero y los capitanes Juan Quintero, Gonzalo Martín Blanco y Francisco Núñez Quintero, vecinos que fueron de la isla del Hierro.

(2) Datos oficiales que nos fueron suministrados por la División de Archivos de la Biblioteca y Museo de Filipinas.

ras y al más extraño todavía de «Virrey de Manila», que podría tomarse como sinónimo de Filipinas si en éstas hubiese habido, que no lo hubo, Virreinato. En notas y documentos antiguos así se le designa, y aún el propio Fernández de Bethencourt en su «Nobiliario y Blasón de Canarias», lo nombra con el segundo título, que de haberlo llevado—juzgamos nosotros—debió ser puramente honorífico o por haber desempeñado alguna breve interinidad en el gobierno de aquella colonia oceánica, cuyo jefe superior no pasaba entonces de la categoría de Maestre de campo.

También parece que en Méjico contrajo relevantes méritos, como induce a creerlo la propia declaración que hace en su testamento de que tenía allá «cantidad de hacienda considerable» en poder de tres sub-encomenderos capitanes Diego de Barrios, vecino de Puebla, Fernando Cabeza de Vaca y Domingo de Catambra, que lo eran de la ciudad de Méjico. Asimismo disfrutó encomiendas en Filipinas, además de las de su esposa doña Ana de Valcázar, que lo era de los pueblos de Casigura y Parana. Estas encomiendas, como es sabido, eran una especie de feudalismo en Indias, aunque las leyes le daban un carácter paternal y cristiano. El Gobernador don Sabiniano Manrique de Lara, «en atención a los servicios que vos el dho. Capitán Pedro Quintero abeis fho. a su Magd.», le dió en 1637 una encomienda de indios para que poblasen la huerta y tierras de Nagtaha que poseía el agraciado.

Para nosotros, donde la personalidad de Pedro Quintero de Núñez más se destaca fué, no sólo por su piedad, propia de aquellos tiempos, sino por su inmensa caridad, virtud sublime, hija del cielo y hermana del dolor, que dijo el poeta, por la que Pedro Quintero vino a practicar aquello del Libro de Tobías: *Si tienes mucho, dá mucho*. Como, pues, tenía, derramó el bien a manos llenas y por el testamento cerrado que otorgó en Manila el 12 de junio de 1679, lega la mitad de su cuantiosísima fortuna a la ciudad de su vecindad para obras pías y de caridad «que les pareciere a mis albaceas», todo ello sin perjuicio de las numerosas mandas y legados que expresamente dejó a la Catedral, conventos, colegios y hospicios, especialmente a la Mesa de la Santa Misericordia, hoy colegio de Santa Isabel, fundación benéfica que data de 1595, levantada bajo los auspicios del Gobernador interino Pérez Dasmariñas, para huérfanas e hijas de padres pobres. Tampoco olvidó a sus numerosos parientes herreños, ni a la Parroquia donde había recibido el bautismo, ni al convento donde sus mayores dormían el sueño eterno, ni su capilla de la Orden Tercera que en aquel recinto había levantado la religiosidad de su padre, ni a la Virgen de Candelaria del bello valle del Golfo, fundando, además, en la isla dos capellanías, cuyo patronato vinculó en la primogenitura de su familia (1). Hasta humano y paternal para los diez y nueve esclavos de su servidumbre, a unos concede la libertad y para todos tiene un recuerdo.

A poco de haber otorgado sus últimas disposiciones, fallece en su casa de

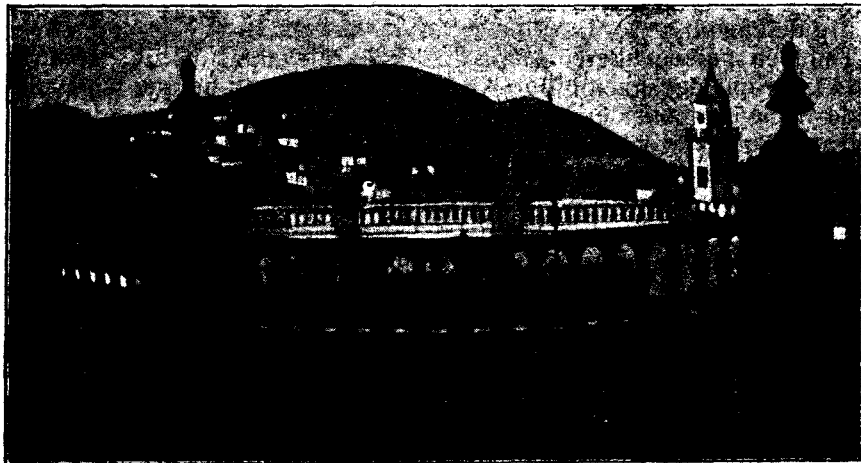
(1) El testamento de Quintero Núñez estaba protocolado en el oficio del Escribano don Mateo de Magdaleno, en virtud de auto del Alcalde mayor de la isla del Hierro, Francisco Viera, dictado el 3 de octubre de 1691 a pedimiento del Alférez Juan de Febles, cuñado del testador.

A sus parientes del Hierro, además de un legado preventivo de 19.100 pesos que debían remitirse primeramente, les dejó el resto o mitad de su fortuna, aunque ésta no se ha cobrado hasta la fecha, siendo ineficaces cuantas gestiones se han practicado en ese sentido por las numerosas personas que se creen con derecho a ella. Creemos haya obedecido este impedimento a la quema del archivo parroquial ocurrida el 2 de mayo de 1763:

Sus mandas pías para su tierra natal fueron las siguientes: 200 pesos a la Parroquia; 200 a la Virgen

Manila el 2 de julio de 1679, siendo sepultado en la capilla de la Orden Tercera del convento franciscano en el mismo sepulcro en que años antes lo había sido su esposa doña Ana, de la que no tuvo sucesión. Sus funerales fueron solemnes y con arreglo a la distinguida posición que ocupaba en aquella colonia.

En 1921, reconocido su pueblo natal a los beneficios que en un tiempo le



Plaza de la Villa de Valverde, que lleva el nombre del "Virrey de Manila"

dispensó y admirándole los extraordinarios méritos con que la fortuna le adornara un día, puso su nombre, bajo los auspicios del Municipio, a la antigua plaza mayor o del Cabildo, cuyo hecho conmemora una artística lápida de mármol por la iniciativa digna de los mayores encomios que, para homenaje tan merecido, tomó una Sociedad tan amante del progreso de su pueblo, como la Real de Damas de Valverde.

DACIO V. DARIAS Y PADRON.

HEMEROTECA P. MUNICIPAL  
Santa Cruz de Tenerife

de Candelaria; 350, las efigies de *San Miguel* y de *Jesús, María y José* para «la capilla que hizo mi padre el capitán Juan Quintero, en dicho convento de San Francisco», con más un ornamento, todo ello a favor del citado establecimiento franciscano del mártir San Sebastián. Además 10.000 pesos para la fundación de dos capellanías de cien misas anuales, de las que dos debían decirse los lunes en la capilla conventual de los Terceros «que es la que hizo mi padre», para que, a título de las mismas, pudiesen ordenarse dos parientes. El patronato lo radicó con preferencia en los descendientes de su hermano el capitán Juan Quintero, quienes lo vinieron disfrutando sin interrupción hasta mediados del siglo pasado, pero parece que no se cuidó como debiera de los numerosos bienes que en su principio estuvieron afectos a esta fundación. Las anteriores cantidades eran importantes para la época y mucho más si se atiende a la pobreza de las Islas por aquel tiempo en que se escaseaba de moneda, según Zuasnavar.

Se dice que la custodia principal u ostensorio que posee aquella parroquia matriz, fué un donativo del «Virrey», pero no hemos podido justificar este antecedente.